

mo, que den parte de sus parcelas en medias, etc. Si, además, buscan y encuentran formas solidarias eficaces para ayudarse entre sí, tendrán más probabilidades de mantenerse como propietarios de la tierra que largamente anhelaron”.

JACOBO SCHATAN

ROMANA FALCÓN, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984.

Este libro se inscribe en la nueva tendencia de la historiografía de la Revolución Mexicana, la que ha incursionado en los procesos regionales, la que ha dejado de lado la idea de una revolución nacional, la que considera que este proceso fue más bien “un mosaico de levantamientos locales”, con orígenes muy diversos entre sí.

En la introducción la autora pasa revista a las principales tendencias de interpretación de la Revolución y llega a la conclusión de que el reto en el análisis actual es comprender justamente la heterogeneidad de estos levantamientos, para en una fase posterior llegar nuevamente a una visión mucho más compleja y enriquecida.

Podría decirse también que el trabajo se inscribe dentro de la tendencia que considera que si bien es cierto que hubo cambios sustanciales con la Revolución, también hay una continuidad con el pasado porfirista. En efecto, la autora tiene el objetivo de “analizar cómo una revolución afectó la estructura de poder del antiguo régimen”, en San Luis Potosí, “y cómo de la destrucción emergió otro régimen que, a la vez que introdujo cambios sustantivos, conservó también importantes vestigios del pasado”.

Desde la óptica teórica, el trabajo está guiado por la idea de la destrucción y posterior reconstrucción del poder central, hecho que dio pie para el surgimiento de innumerables líderes o caciques locales con capacidad para controlar el territorio donde dominaban, o dicho en otras palabras, un resurgimiento del poder de las regiones frente al centro. Estos caciques fueron durante mucho tiempo los responsables del orden local y los que le dieron alguna estructura a la vida política nacional.

Este contrapunto entre lo regional y lo nacional es útil al lector porque le permite comprender la verdadera dimensión del proceso. La autora nos muestra en detalle el origen histórico del neocaciquismo de Saturnino Cedillo como producto de una pérdida de poder del centro e internamente, como el líder carismático capaz de imponerse a numerosas facciones rivales. Sin embargo, se echa de menos en la explicación que el surgimiento de un intermediario político de esta naturaleza

obedece también a que en la región había desniveles profundos en las formas de producción. El capitalismo en el estado se desarrolla articulado a formas no capitalistas, lo cual ayuda a entender la necesidad histórica de un cacique que medie entre las clases, estableciendo relaciones acordes a esta coyuntura.

Para estudiar la forma y el funcionamiento del cacicazgo surgido en la época posrevolucionaria utiliza el análisis de clase, pero también el concepto de clientelismo, que sirve a la autora para explicar un fenómeno de dominación muy particular que surge entre el cacique y los individuos que le siguen. Ella sostiene que las relaciones que se establecieron entre el cacique y sus seguidores fueron clientelísticas, vale decir, de favores y servicios recíprocos no especificados y difusos, pero que abarcaban la más amplia gama de intercambios. Por un lado, sus allegados brindaban su servicio militar, a veces pago de tributo, y fidelidad; y por otro, el cacique otorgaba tierras, trabajo, dinero, protección y promesas. Si bien es cierto que estas relaciones dominaron en el campo, no fueron exclusivas, pues el cacique trató de extenderlas hacia el núcleo obrero, sólo que el éxito fue escaso. Es preciso indicar, aunque R. Falcón no lo aclara, que se trata de relaciones desiguales y asimétricas entre las partes que diluyen, por su carácter, las relaciones de explotación que conllevan. A su vez, el cacicazgo local estaría basado en el establecimiento de buenas relaciones con empresarios, terratenientes y comerciantes. "En suma, el cacicazgo tomó cuerpo a través de una estructura informal de poder; de una extensa y compleja red de amistades, pactos, lealtades y favores personales". Naturalmente estas relaciones no fueron estáticas, se transformaron con el tiempo y en muchos casos se prestaron para la corrupción más abierta.

La definición de la noción de cacique, como "alguien que domina la vida política y en ocasiones la economía de determinada región, frecuentemente por medio de procedimientos extralegales", al parecer lleva implícita la idea de que es más apropiado para llamar al hombre fuerte en la patria chica, por oposición a caudillo, que se utiliza comúnmente para la patria grande. Además, cuando se habla de caciquismo y de los nexos clientelísticos que se establecen, se está suponiendo una sociedad tradicional montada sobre la modernidad capitalista, lo que no necesariamente se piensa cuando se habla de caudillismo.

La obra está cimentada sobre fuentes documentales primarias existentes en el país y en el extranjero, además de innumerables revistas, periódicos y textos impresos que reflejan un trabajo arduo de años. La información recopilada, analizada y discutida se presenta al lector como un relato dividido en cinco capítulos más las conclusiones.

En el primero, la autora describe los rasgos de la economía potosina durante el porfiriato, especialmente en el momento anterior a la Revolución. Aquella giraba en torno a la minería hegemonizada por el

capital extranjero; eran también de primera importancia la agricultura, la ganadería y las actividades manufactureras, donde tenían sus intereses la élite dominante de terratenientes, comerciantes y empresarios mexicanos. A pesar de ser importantísimas las actividades industriales extractivas, el estado era una entidad rural.

Como en la mayor parte del país, la economía de San Luis Potosí experimenta una notable modernización y dinamización a fines del siglo XIX y comienzos del XX; en esto el papel del ferrocarril y la política de exenciones fiscales fue crucial. El estudio de R. Falcón sostiene, siguiendo a J. Bazant, que los hacendados potosinos fueron un ejemplo de empresarios modernizadores, imagen muy lejana de la difundida por cierta tendencia de la historiografía mexicana.

Lo medular del capítulo es la explicación que nos proporciona del surgimiento del fermento revolucionario en el estado. Su hipótesis es que el descontento no es un fenómeno sólo de las masas más empobrecidas. El caciquismo y la permanencia de funcionarios en el poder fueron hechos que incubaron odios y descontentos entre los sectores acomodados excluidos de la élite y, principalmente, entre la clase media sin posibilidad alguna de acceso al poder local y con toda la potencialidad para actuar en política.

A lo anterior habría que agregar la fricción que se dio dentro de la clase dominante por las pesadas y elevadas contribuciones que debieron hacer para tapar los hoyos del erario estatal; por la acción voraz de las compañías deslindadoras, y por las medidas de solución a la crisis de 1907-1909. No obstante, los actores sociales más prominentes provinieron de las clases medias, fueran éstos profesionistas o rancheros.

El principal foco, aunque no el único, de efervescencia revolucionaria fue el de la Huasteca. Allí rancheros y hacendados antiporfiristas movilizaron a sus huestes indígenas, disponiendo de recursos propios para pagar a la tropa y financiar las acciones militares.

En el segundo capítulo analiza el desmantelamiento del control federal y la emergencia como callampas de los liderazgos locales. La Revolución en San Luis Potosí fue muy compleja y quizá lo particular resida en que, por un lado, la caída del porfirismo obligó a una redefinición de las alianzas y, por otro, la multiplicidad de grupos participantes con diferentes concepciones de lo que debía ser la Revolución, provocó que se desencadenara una violencia inusitada suscitada por rivalidades entre las mismas camarillas y grupos participantes.

Según la autora esta fue una revolución más política que social, en tanto que los rancheros y/o hacendados nada quisieron cambiar y se integraron desde los orígenes mismos a las grandes facciones revolucionarias a nivel nacional.

Otra tesis sugerente es la que plantea la continuidad entre lo viejo y lo nuevo. Este fenómeno se revela en el conservadurismo de los lide-

res locales; en la permanencia de algunas familias en el poder antes y después de la Revolución; en la conservación de sus cargos a muchos funcionarios porfiristas, y, si bien es cierto que los sectores medios acrecentaron su importancia, la élite en el poder ya renovada siguió siendo la misma.

Varias páginas de este capítulo están dedicadas a relatarnos cómo se desarrolló el levantamiento armado y el porqué de la crisis del maderismo en el estado.

La lucha antihuertista fue violenta hasta su caída final y los años que le siguieron estuvieron también teñidos de sangre. Por cierto, se hizo patente la división entre los revolucionarios moderados que se agruparon en las filas carrancistas y las bandas populares como las de Cedillo y Carrera, que se negaron a entrar en la lógica de una organización militar que podía minar los liderazgos locales.

Es en este contexto que se desató la guerra más cruenta entre las diferentes facciones potosinas. Por primera vez la clase dominante fue amenazada y obligada a huir. Al caos y al vacío político se agregó la crisis económica que minó las bases de poder de ese sector.

A diferencia del zapatismo, las tomas de tierra efectuadas por los revolucionarios cedillistas no beneficiaron a los campesinos; muy por el contrario, se convirtieron en una jugosa fuente de enriquecimiento de los jefes militares y sus más cercanos seguidores. Por su parte, los obreros, principalmente mineros, no estuvieron ausentes del proceso; su acción y combatividad fue creciendo durante la década revolucionaria.

El triunfo del carrancismo tampoco denotó paz y tranquilidad para la entidad; el control de un gobierno nacional en ningún caso indicaba un dominio real militar y político de todo el país. Las luchas faccionales, aunque atenuadas, siguieron siendo un fenómeno cotidiano aún por mucho tiempo a pesar del intento de pacificación y de amnistía. En suma, la desorganización, la dispersión política y la militarización siguieron como fenómenos constantes.

Desde otro punto de vista, el carrancismo marcó a nivel nacional un lento camino hacia la legalidad, que en San Luis distó mucho de llevarse a cabo. La política siguió estando dominada por favores personales de los caciques locales, lo que dio lugar o facilitó la corrupción más abierta y escandalosa.

Los mecanismos de usufructo del poder para el enriquecimiento de funcionarios públicos y caciques locales fueron de naturaleza diversa. Entre ellos se cuentan el monopolio del tráfico ferroviario, la explotación de las fincas intervenidas y el negocio con la desintervención de las mismas.

Ahora bien, como resultado de la crisis y la violencia ininterrumpida, sobrevino la catástrofe económica estatal. El descenso de la actividad minera tuvo su efecto multiplicador en el resto de la economía

que, muy pronto, se tradujo en desempleo y pobreza generalizada. El campo y las haciendas —escenarios de la guerra— descendieron abruptamente la producción, provocando escasez y hambrunas entre la población más pobre.

La década de los veinte, catalogada por la autora como la era radical, es la temática del tercer capítulo que se caracteriza por tres acontecimientos: *a)* paz relativa, *b)* falta de hegemonía de algún poder legal o informal, y *c)* la emergencia de dos nuevos actores políticos: los obreros y los campesinos.

La carencia de hegemonía de algún poder formal se debió en gran medida a la pugna entre el gobernador y los presidentes municipales, entre el ejecutivo y los legisladores, a las contradicciones entre terratenientes y campesinos, entre empresarios y obreros, y principalmente al poder que concentraban los caciques regionales.

El ejemplo más patético que nos presenta la autora es el de la familia Santos, dueños y señores de algunas zonas de la Huasteca.

La relativa calma de comienzos de los veinte fue rota con una nueva crisis política. El *impasse* sobrevino al momento de la sucesión de la gubernatura en 1923, en tanto que no había acuerdo entre los bandos revolucionarios locales. Fue así como se presentaron dos candidatos: Jorge Prieto, representante de los ricos y del Partido Nacional Cooperativista, y Aurelio Manrique, representante del Partido Nacional Agrarista y de la Confederación Revolucionaria Potosina que agrupaba a varios partidos obreros.

Tanto un candidato como el otro estaban dispuestos a ganar la elección y para lograrlo hicieron uso de todo su poderío militar. Por lo tanto, una vez más la violencia se hizo presente. Realizadas las elecciones, ambos contrincantes se dieron por gobernadores electos, pero como es obvio, ganó aquel que pudo defender mejor el poder con las armas. El triunfador fue Manrique, quien recibió el apoyo de las milicias cedillistas.

Desde el punto de vista económico, los dos primeros años de la década de los veinte fueron de crisis económica profunda, sobre todo en la minería. Hubo despidos masivos en muchos centros mineros; sin embargo, esta crítica coyuntura fue superada a partir de 1922, al tornarse más benevolente el mercado mundial.

Lo que destaca en las dos primeras gubernaturas fue el auge del movimiento obrero potosino. En el empuje y desarrollo de la organización y sindicalización obrera tuvo un papel primordial el gobierno y las instancias gubernamentales creadas para ello; esto es, la Junta de Conciliación y Arbitraje (JCA). Por un lado los gobernadores, buscando base social de apoyo propia, aplicaron medidas de corte populista en beneficio de los obreros, y, por otro la JCA, en muchas ocasiones, fue más radical que la mayoría de los sindicatos en su lucha contra el gran capital.

Sin embargo, los conflictos políticos nacionales enturbiaron y entorpecieron la lucha obrera. La sucesión presidencial dividió a los sectores obreros debilitándolos. Además, el ahora jefe de Operaciones, Saturnino Cedillo, cuando convenía a sus intereses, apoyaba a los industriales del estado dejando sin protección a los obreros.

Otro rasgo distintivo de este quinquenio es el experimento más radical de reparto agrario, sobre todo en la etapa manriqueista. El gobernador Nieto trató de aplicar una reforma agraria, dictando leyes para ello, en el marco de la tendencia más conservadora, vale decir, crear al pequeño y mediano propietario, eliminando al terrateniente ausentista. La correlación de fuerzas no le fue favorable y el proyecto fracasó. En cambio, Manrique optó por la vía ejidal del agrarismo, entregando las tierras a los campesinos y creando las instancias institucionales que hicieron posible el proceso de traspaso de la tierra. Su experimento no se quedó en el reparto de tierras, fue más allá, entregando semillas y enseres. También se mejoraron las condiciones de vida de los campesinos asalariados exigiendo salarios más altos y mejores condiciones laborales y contratos de arrendamiento más favorables para los aparceros...

Pero, como sucedió con los obreros, al perder poder Manrique, los campesinos fueron incapaces de defenderlo y el proyecto de reparto quedó a merced de Cedillo que ya en muchos casos había tomado el partido de los hacendados. En adelante, habrá un agrarismo diferente.

El capítulo cuarto aborda el origen y esplendor del cacicazgo ceditista. Éste comenzó a forjarse desde los primeros años de la década de los veinte en los momentos en que la autoridad y el Estado central carecían de fuerza suficiente para imponerse a toda la nación. Es más, el caciquismo local surge y se desarrolla estimulado por el poder central, en tanto que la lealtad de estos personajes ayudó a mantener el liderazgo nacional de quienes ocuparon la presidencia en México. Todo esto se logró con concesiones importantísimas, que ayudaron a afianzar el poder de los caciques en sus zonas de influencia. Por ejemplo, el apoyo que Cedillo otorgó a Obregón en 1920 significó, a cambio, la creación de las colonias agrícolas-militares, pilares del poderío local de Cedillo. Éstas se constituyeron en el núcleo central del poder, pues se trataban de contingentes organizados, listos para formar parte de las milicias que combatían al mando de Cedillo en momentos críticos para el Estado central.

El tipo de relaciones que estableció el cacique, como ya se ha dicho, fueron clientelísticas, personales y verticales. Sobre este tipo de relaciones se erigió todo un sistema político cuyo centro y vértice era Cedillo, más la red de parientes y favoritos. Éstos, sus allegados más cercanos, se transformaron también en pequeños caciques locales que reprodujeron la compleja gama de relaciones personales-clientelísticas.

Ahora bien, esta forma de ejercer el poder contribuyó a que las

instancias formales emanadas de la Constitución carecieran de fuerza real y todo se concentraba en manos del gran cacique, lo que finalmente dio como resultado la indiferencia entre lo público y lo privado, mecanismo muy útil para el enriquecimiento personal de funcionarios y de quienes ejercieron el poder.

Si con Obregón se dio el primer paso en la construcción del cacicazgo, con Calles, después de la rebelión delahuertista, se logró consolidar la fuerza del cacique a nivel estatal. El mecanismo utilizado fue muy simple y muy acorde a los métodos caciquiles; primero desacreditó el proyecto del gobernador Manrique y luego lo destituyó con un golpe de estado. Así, Cedillo llegó a gobernador. En lo sucesivo, sería el único mediador entre San Luis y el Estado central, estableciendo hacia arriba el mismo tipo de relaciones, vale decir, de favores y servicios personales recíprocos. Por ejemplo, siendo ya gobernador intervino con toda su red clientelística —como pieza clave—, en la represión de los cristeros y de la rebelión escobarista.

La mantención casi incólume de este cacicazgo por tanto tiempo se debió, en gran medida, al control absoluto de colonos-campesinos-soldados, ejidatarios y campesinos sin tierras. La eficacia de la estructura clientelar en el campo se cimentó en un juego complejo de lealtades y favores que hizo imposible cualquier intento de organización campesina, al margen y alternativa a Cedillo. Este fenómeno minó la posibilidad de que los campesinos se organizaran como clase propiamente tal.

A su vez, Cedillo fue un verdadero árbitro entre sectores antagónicos en el campo, sólo que a su manera y conveniencia. Por ejemplo, dice la autora, otorgaba tierras expropiando a hacendados que no le eran absolutamente proclives, o, por el contrario, no afectando a aquellos que se subordinaban a su poder.

La dinámica establecida en el campo refleja el conservadurismo del agrarismo cedillista, en tanto que repartió tierras cuando con ello beneficiaba sus intereses; mantuvo inafectadas las grandes haciendas; disminuyó el reparto de tierras en ejidos, e impidió la organización campesina.

Con los obreros no operó el mismo mecanismo caciquil puesto en práctica en el campo. El control de este sector vino por otro lado; éste fue el de la contención de la lucha, la limitación a las reivindicaciones obreras, y la mediación entre empresarios y obreros. Entre 1928 y 1935, ante la ausencia de una organización obrera sólida tanto en el país como en el estado, el cacique consolidó su manera de hacer política hacia el sector.

Por otra parte, la crisis mundial de 1929 debilitó aún más la capacidad de negociación de los obreros, sobre todo de los mineros que perdieron sus empleos a resultas del cierre de algunas minas o de la reducción de las horas de trabajo, en otras.

El proceso de reconcentración del poder en el Presidente entre 1929 y 1938, y la pérdida de importancia del poder regional de Cedillo es la preocupación central del último capítulo.

En este periodo culmina, con el presidente Cárdenas, el proceso de centralización del poder y de articulación directa de cada una de las regiones del país al centro. El resurgimiento del centralismo convierte a los cacicazgos como el de Cedillo en un estorbo.

Las contradicciones entre el gobierno central y Cedillo comienzan ya durante el maximato. Cedillo insiste en defender su autonomía con sus milicias y trata de contrarrestar su creciente debilidad aliándose con los agraristas. Como parte de este grupo y como miembro del ejército se jugó en la designación de Cárdenas como candidato a la presidencia de la República, sin augurar lo que el destino le tenía preparado.

En efecto, los cambios realizados por el presidente Cárdenas, tendientes a fortalecer al Ejecutivo, chocaron muy pronto con las costumbres de hacer política de Cedillo. La ruptura no tardaría en presentarse, en tanto que éste saboteó, no cumplió u obstaculizó las medidas políticas emanadas del poder central.

Sin embargo, la caída final del cacique no sólo sería resultado de su obstinada oposición al Ejecutivo, sino de que éste minó sus bases internas de sustentación, vale decir: llevó a la práctica el reparto ejidal con lo que dio un golpe mortal a las colonias agrícolas; fortaleció la organización de los obreros y transformó la estructura del partido.

El golpe final a Cedillo lo dio Cárdenas, con la renovación del aparato político-administrativo del estado, desgajándolo de la estructura caciquil; con la neutralización de su poderío armado y, finalmente, aplastando la rebelión militar cedillista de mayo de 1938.

Las conclusiones ponen punto final a este apasionante, pero no por ello fácil relato de la Revolución en San Luis Potosí, provocando de inmediato el recuerdo de la tan controvertida polémica *Revolución versus* rebelión mexicana.

En síntesis, se trata de un libro bueno. Quizá la principal dificultad radica en la forma de organización del relato; esto es, que si bien es cierto hay una secuencia cronológica, capítulo tras capítulo, en todos salvo el quinto se desarrollan y analizan al interior de cada uno las mismas temáticas, lo que hace difícil la comprensión global de cada una de ellas. Por ejemplo, los campesinos, el agrarismo, los obreros o la situación económica —aunque con desniveles—, son temas tratados pero por fases o por pedacitos. Queda al lector la tarea de unir el acontecer de cada faceta de la vida social, política y económica del estado.